La reconciliación y la memoria.-

Ricardo Núñez Muñoz

Cuando hace aproximadamente dos años Joaquín Castillo se comunicó conmigo para hablar de su proyecto de abordar el desafiante problema de la reconciliación nacional, confieso que su intención me pareció quimérica, desprovista de realidad. La reconciliación es una palabra que esta fuera del vocabulario político, me dije; su concepto no forma parte de la inquietud intelectual, ni de la reflexión de muchos chilenos, reflexioné.

Personalmente había incursionado en los recodos históricos de otras experiencias, pero sin profundizar mayormente de los esfuerzos realizados, ni de las medidas adoptadas. Tal vez me manejaba inconscientemente con la poco feliz idea de que el “tiempo es la que borra todo tipo de heridas”, razón suficiente como para creer que ningún esfuerzo mayor tiene importancia frente al inescrutable paso del tiempo. Tal vez sin quererlo era de los que pensaba que todo lo que se hiciera para mitigar el dolor y la injusticia era positivo, loable, pero necesariamente insuficiente. Se podía avanzar en medidas concretas, reparar en algo a las víctimas de la dictadura pero avanzar hacia un nuevo estado de convivencia me parecía muy difícil de construir menos en una sociedad tan profundamente dividida por un trauma de la cual nadie pudo librarse, ni menos en un país como Chile que no conoce de muchos momentos de convivencia pacífica y armónica entre sus miembros. “Que pase el tiempo, como en España, se decía, y la memoria se diluirá y los desencuentros del pasado se difuminarán”. Esta afirmación era una suerte de revelación subconsciente que impedía recurrir a la memoria. Un antídoto a todo lo que pretendiera hacernos volver al pasado.

Profunda equivocación. Las sociedades siempre buscarán saber de su historia, conocer de su pasado aunque ella vaya surgiendo de las tinieblas. Conocer de si para saber de su identidad es una necesidad de sobrevivencia de los pueblos, aun los que convencionalmente llamamos primitivos.

Eso es lo que está pasado hoy en Chile. Los jóvenes que no vivieron el drama del 73 se vuelcan día a día a preguntar, a conocer, a saber qué fue lo que realmente sucedió. Ya no le bastan las pseudo historias oficiales, las codificadas por el poder. Hay avidez por encontrarse con los hechos ocultos del pasado. Es cierto que nadie desea volver a aquella época, que se vive otra realidad, que la convivencia es mejor y que cualquier intento por revivir las luchas que nos dividieron no tienen cabida en una sociedad que aprendió que la democracia, la libertad, el estado de derecho es el mayor logro de estos tiempos. Ello no es obstáculo, sin embargo, para que la memoria reverdezca en medio de los intentos absurdos del olvido. La experiencia indica que mientras más convocante aparece el futuro, mas necesidad de pasado aparece en el alma de una nación. La transición ha terminado. Nada debe intimidar por tanto para exigir mas verdad y mas justicia.

Por esta y otras consideraciones, asumí que dejar al paso del tiempo dramas como los vividos por Chile era un profundo error. Que hablar y escribir sobre temas como los que se abordan puede ayudar a restañar heridas, secar las lágrimas, construir un futuro mejor. Que la diversidad, incluso para mirar la historia, es necesaria, puede iluminar incluso periodos complejos.

Junto con Hernán Larrain nos dimos a la tarea de apoyarlo, de estimularlo. De proponerle nombre que reflejaran la diversidad rica de Chile cuyos aportes y propuestas contribuyeran al objetivo deseado. Este creo yo, se logró. Que cuatro presidentes de la Repúblicas hayan entregando sus puntos de vistas, sus reflexiones, su experiencia, son expresivo del interés que despertó “ Voces de la reconciliación” del Instituto de Estudios Sociales.

Me he preguntado si esta era la mejor fecha para lanzar el libro. Los hechos del pasado, las nuevas revelaciones, los ánimos caldeados por heridas no cerradas, por demandas de justicia insatisfechas podían ser un momento inadecuado. Sin embargo creo que ha sido un acierto hacerlo. Hablar, reflexionar, proponer en estas fechas de recuerdos dolorosos, es poner a pruebas nuestras voluntades, de todos, por cierto en primer lugar de los que se atrevieron a poner en blanco y negro sus opiniones

Como era de esperar, la diversidad de opiniones pueblan este libro. Son puntos de vistas diferentes, enfoques diversos que, tal como seguramente lo expondrán Sergio Micco y Hugo Herrera, tienen la enorme virtud de abrirnos a un debate mucho mayor, de alcance superior. Son aportes serios, fundados, de los cuales se puede estar de acuerdo o no, pero que duda cabe, nacen de la buena voluntad, del espíritu abierto que necesita Chile para abordar su futuro.

Como seguramente los sucederá a todos y todas que se dispongan a conocer el pensamiento de los diversos autores que participan de esta obra, algunas conclusiones o ideas generales quedarán en vuestra memoria.

Permítaseme solo algunas reflexiones que me merecen los aportes de este libro, consciente que en fechas como las que estamos pronto a vivir no es fácil mantener la serenidad y evitar que el dolor se anteponga a la razón.

El Golpe de Estado levantó una polvareda histórica que aun no disipa. La brutal participación de las FFAA y y de Orden en la persecución de los partidarios de la Unidad Popular dejó un huella difícil de borrar. Los detenidos desaparecidos claman en la conciencia de la mayoría de los chilenos. La verdad escamotada mil veces es una afrenta a la inteligencia de todo un pueblo. Fueron muchos los torturados, los presos por sus ideas, los exiliados arrancados de raíz del suelo que los vio nacer. Por todo ello creo que falta tiempo aun para que se depositen los últimos granos de una tormenta que sacudió hasta sus cimientos a nuestro país. Es cierto que hoy estamos viendo en medio de la bruma con mayor claridad los hechos del pasado, pero sobre ellos todavía tenemos lecturas diferentes, especialmente sobre las razones que impulsaron el Golpe de Estado, de cuando este se

empezó a gestar, de la participación de civiles en la conjura, del rol del gobierno de Nixon-Kissinger. De igual modo, entiendo que para otros chilenos, los errores y excesos cometidos por la UP, sobre los cuales la izquierda chilena se ha hecho una profunda autocrítica y que otros no han imitado, seguirán siendo la justificación última de quienes aplaudieron la intervención de las FFAA y la instalación en Chile de una atroz dictadura.

Sobre todas estos temas es altamente improbable que algunas vez podamos conciliar puntos de vista comunes.

Con todo, tengo la impresión que existe la posibilidad de avanzar en mayor justicia y más verdad. No es posible que esta salga como estertores del fondo del drama vivido, no es bueno la impunidad, la media justicia, o la no justicia, si deseamos una sociedad cuya convivencia sea sana y sin rencores. Ahora es más posible que antes. Ayuda a ello que Chile vive hoy en una fase donde existe el mayor consenso que jamás haya existido en torno a los valores de la democracia, de los Derechos humanos, de la libertad. Pocos deben ser los que aun ven el esos valores meros medios susceptibles de sortear. No veo ideología que se alce para cuestionarlos. A ese objetivo ayudan publicaciones como la que hoy se entrega.

Por último permítaseme una opinión sobre que entendemos por reconciliación. Desde luego estimo que aplicada a nuestra realidad histórica ese concepto supone que alguna vez vivimos en una sociedad conciliada, donde todos compartíamos metas comunes, en una suerte de estado onírico, en paz y donde las injusticias eran solo obstáculos menores a la convivencia nacional. Por cierto ese Chile idílico jamás ha existido.

Por ello pienso que la reconciliación es más bien un estado a construir, donde sus ordenamiento jurídico es respetados por todos, donde la democracia se perfecciona permanentemente, donde la libertad es extensa y profunda, donde los conflictos se resuelven sobre la base del Derecho, de la política, cuidando siempre la Paz. Donde los DD HH son la sangre vital de la sociedad. Donde el progreso en su amplia acepción es tarea cotidiana de todos y no de unos pocos. Sociedad donde los bienes materiales no aplastan los valores de la solidaridad, del bien común, de la dignidad. Gracias.-